

LOS LIBROS DE CESAR

César Mallorquí

El viajero

perdido



Félix Valbuena ha llegado a un punto crucial en su vida: ha terminado el colegio y no sabe qué hacer en su vida. De repente, se enamora de una chica que pasea por la calle y decide emprender su búsqueda. Con su amigo Homero y un ladronzuelo iniciará un viaje lleno de peligros, pero que también representará el inicio de su madurez personal. Una novela de aventuras que reflexiona sobre la amistad y el amor.

Este libro está dedicado a Félix Pérez Ruiz de Valbuena y a todos mis viejos compañeros del colegio San Alberto Magno, estén donde estén.

Rapsodia I

*Háblame, Musa, de aquel varón de gran ingenio
que, después de destruir la sacra ciudad de Troya,
anduvo peregrinando larguísimo tiempo.*

HOMERO, *La Odisea*

Tengo dieciocho años y, según todos los indicios, no voy a llegar a cumplir los diecinueve. No, no es que me vaya a morir; es que me van a matar.

Pero permítanme que exponga con algo más de detalle mi actual situación. Me encuentro en el Noroeste de España, en Galicia, a mediados de julio. Es de noche. Hace poco he escuchado el tamborileo de la lluvia contra la carrocería, pero, aunque ha refrescado, el sudor me corre a raudales por la frente, la espalda y las axilas. Estoy en un automóvil —un Audi A6, para ser precisos—, viajando por una carretera que imagino comarcal y solitaria. Ojalá pudiera describir el paisaje, pero me resulta enteramente imposible hacerlo. No veo nada.

Y no veo nada por la sencilla razón de que estoy encerrado en el maletero.

¿Qué hago en un maletero? La verdad, no me creo capacitado para responder; de hecho, desde que fui secuestrado a punta de pistola no ceso de preguntarme cómo he podido meterme en un lío tan grande como este. Lo único que sé es que ha sido por amor. Ah, vale, también sé otra cosa: más allá del maletero, y aparte de mí, hay otras dos personas viajando en el Audi. Uno de ellos, el que condu-

ce, se llama Andrés y habla poco. El otro, el que ocupa el asiento del copiloto, se llama Germán y es argentino. Esos dos tipos, a los que apenas conozco, me van a matar.

Probablemente sea Germán quien lo haga; tiene aspecto de asesino a sueldo, con ese traje negro y esas gafas oscuras. Además, fue él quien me apuntó con una pistola y me obligó a entrar en el maletero. Nunca sospeché que mi muerte fuera a producirse tan pronto y a manos de un sicario del Cono Sur, pero al parecer así va a ser. Si nos paramos a pensarlo, en circunstancias como esta resulta fácil predecir el futuro, pues lo hemos visto en mil películas. El coche se interna por una carretera de tercera hasta detenerse en una zona remota y despoblada; los asesinos abren el maletero, sacan a la víctima y la conducen al interior de un bosquecillo. Una vez allí, pueden suceder dos cosas: los sicarios le pegan un tiro al pobre tipo y luego lo entierran, o bien le obligan primero a cavar su propia tumba y luego le pegan un tiro. En ambos casos el resultado es el mismo y, por desgracia, muy desagradable para mí.

Estoy más muerto que vivo, esa es la verdad; aun así, tras superar el ciego terror que me ha mantenido petrificado durante la mayor parte del trayecto, no he parado de darle vueltas a posibles planes de escape. Lo primero que debo hacer es averiguar de qué elementos dispongo, aunque poca cosa hay en el interior de un maletero. Veamos: una caja de herramientas que contiene un gato, una llave de tuercas y un juego de destornilladores; un triángulo plegable de peligro; una lata de aceite medio llena metida en una bolsa de plástico; un trapo maloliente; una rueda de repuesto. Y se acabó.

Durante unos minutos me dedico con gran entusiasmo a la tarea de intentar forzar la cerradura del maletero con ayuda del destornillador más grande, haciendo palanca entre lo que yo, al tacto, supongo que son dos piezas del cerrojo, pero que muy bien podrían ser cualquier otra cosa. Si lograse abrir el maletero, me tiraría en marcha y, en el poco

probable caso de que no me rompiera la cabeza, correría a esconderme en el bosque, suponiendo que haya un bosque ahí fuera. Pero nada de eso va a suceder, pues en vez de forzar la cerradura solo consigo despellejarme repetidamente los nudillos.

Convencido, por tanto, de que, al contrario de lo que suele verse en las películas, es absolutamente imposible abrir un maletero desde dentro, comienzo a tantear otras posibles vías de escape. Si tuviera gasolina y una botella, y utilizando como mecha el trapo maloliente, podría fabricar un cóctel Molotov. Así, cuando los sicarios abrieran el maletero para matarme, yo encendería el cóctel Molotov y, ante su estupefacción, se lo arrojaría con presteza, sumiéndolos en las llamas vengadoras. Por desgracia, no fumo, así que no dispongo de mechero o cerillas para encender la mecha. Por otro lado, me digo, tampoco dispongo de gasolina ni de una botella. Así que, considerando que de todos los elementos necesarios para fabricar un cóctel Molotov —sigo diciéndome (ahora con cierta severidad)— solo cuento con un trapo maloliente, ¿no sería mejor abandonar esa línea de pensamiento?

Vale, ¿qué más tengo?... No logró encontrarle ningún uso letal a la señal plegable de peligro, así que la desecho mentalmente. Hago lo mismo con la llave de tuercas y la lata de aceite. Sin embargo, el gato es un objeto contundente. Y la rueda de repuesto parece un escudo. Si lograra fijarme la rueda en el brazo izquierdo —utilizando para ello el trapo maloliente hecho tiras—, podría protegerme con la llanta de los disparos al tiempo que aporreo con el gato a los sicarios.

Llámenlo desesperación si quieren, pero en este momento la idea me parece lo suficientemente buena como para desenroscar la rueda de repuesto del soporte donde va fijada y evaluar seriamente sus posibilidades como escudo antibalas. Nada más sacarla de su sitio descubro algo: una rueda con su neumático y su llanta es mucho más pesa-

da de lo que parece a simple vista. De hecho, dudo que consiguiera saltar ágilmente de un maletero cargando con ella, y mucho menos si debo a continuación liarme a porrazos con dos tipos a cuyo lado parezco un alfeñique. Imagínese la situación: los asesinos detienen el automóvil en un lugar remoto y solitario, abren el maletero... y se encuentran con un tipo, medio aplastado por una rueda de repuesto, que intenta en vano levantarse mientras enarbola patéticamente un gato. Hasta yo me pegaría un tiro si me viera así.

La verdad es que como plan de escape deja mucho que desear, de modo que me olvido de él. Pero el plan no se olvida de mí, pues algo ha sucedido entre tanto en el interior del maletero. Dado que estoy encerrado en un lugar oscuro, no veo nada, lo cual entorpece seriamente mis, por otro lado nunca excesivamente desarrolladas, capacidades de manipulación. No he conseguido colocar las herramientas en la caja, ni la caja en su lugar; además, la palomilla que fija la rueda de repuesto ha desaparecido (¿cómo puede desaparecer algo en un espacio tan reducido?) y la rueda está suelta, al igual que lo están las herramientas. Esto significa que, a cada bache —y en el camino que estamos recorriendo hay muchos baches—, todos esos objetos se mueven y chocan contra mí. Ahora la llave de tuercas me da en un ojo, ahora el gato me golpea la cabeza, ahora la rueda se me incrusta en el estómago...

Felicidades, me digo; además de asustado y deprimido, has conseguido sentirte ridículo. Aunque, bien pensado, tiene cierto mérito convertir las dramáticas circunstancias de mi muerte en un gag poco gracioso. Me echaría a reír, de no ser por lo desmoralizado que estoy.

Y es que, como comprenderán y a poco que se pongan en mi lugar, no me hace ninguna gracia saber que van a pegarme un tiro.

Alcanzado este punto, ha llegado también el momento de realizar unas cuantas disquisiciones literarias. Debo con-

fesar que nada me resulta tan falso y artificial como escribir en presente y en primera persona. *Yo hago esto, ocurre lo otro, digo lo de más allá...* ¿Qué significa eso? ¿Que tengo siempre un bolígrafo y un puñado de folios a mano y que mientras suceden las cosas voy escribiendo? Si nos centramos en los párrafos anteriores (escritos en presente y primera persona), ¿significa acaso que estoy encerrado en el maletero de un coche, absolutamente a oscuras, muerto de miedo, vapuleado sin piedad por una serie de objetos contundentes, y sin dejar de escribir compulsivamente cada cosa que sucede?

Es evidente que no. Escribo esto después de que sucedieran los hechos. Lo cual quiere decir que Andrés y Germán, los dos sicarios que viajan en los asientos delanteros del vehículo, no me matarán después de todo. ¿O sí?... Porque pudiera ser que esto lo escriba entre el momento en que abandono mi encierro en el maletero y el momento de mi muerte. Imaginémoslo siguiente: los asesinos detienen el coche en un paraje remoto y solitario, me sacan del maletero, me conducen al interior de un bosque y, tras obligarme o no a cavar una tumba, el sicario sudaca me apunta con su pistola y me dice:

—¿Tenés alguna última voluntad antes de morir, boludo? ¿Acaso querés un cigarrillo?

Y yo, tras una rápida reflexión, respondo:

—Gracias, no fumo. Pero quizá pueda prestarme un bolígrafo y una resma de folios, porque lo que de verdad me apetece es escribir mis memorias.

De acuerdo, no es una opción muy realista, lo reconozco. Si estoy escribiendo esta historia es porque no me mataron. ¿O sí?... Porque, a fin de cuentas, puede que esto no sea más que un recurso literario tan artificial como lo de escribir en presente y primera persona: que el narrador sea un muerto. Supongamos que Germán, tras conducirme al interior del bosque y sin tan siquiera ofrecerme una última voluntad, me vuela la tapa de los sesos; yo me muero, mi

alma vuela al cielo y me encuentro con San Pedro, el portero del Paraíso, que me pregunta al verme aparecer:

—¿Cómo has llegado hasta aquí, hijo?

Y yo, tras ladearme el halo y atusarme las plumas de las alas, respondo:

—Pues veré, abuelo: estaba encerrado en el maletero de un coche...

Vale, bromeo, pero solo en la forma de expresarlo. Porque es perfectamente posible que yo ya esté muerto. O quizá no, quién sabe. Aunque, en el fondo, ¿qué importa? Lo realmente interesante es saber cómo he llegado al interior de este oscuro maletero. Por amor, he dicho antes; pero «amor» no es la palabra adecuada para definir lo que yo sentía —y todavía siento— por Salomé. Quizá sea mejor hablar de fascinación, aunque probablemente el término más adecuado sea «obsesión».

Salomé.

Sa - lo - mé.

Si uno se fija, al pronunciarlo en voz alta y vocalizando con cuidado, su nombre comienza con un susurro (sa) y acaba con un beso (mé). ¿Y qué pasa con la sílaba central? Pues que al pronunciar «lo», mis labios forman un círculo perfecto, un círculo de asombro, de admiración, de aturdimiento y, todo hay que decirlo, también de deseo, pero de deseo contenido, congelado en medio de un sobresalto, igual que se suspende el aliento cuando contemplamos una aparición celestial.

Salomé... ¿Por qué ahora, mientras estoy encerrado en este maldito maletero camino de la muerte, pienso en ella?

Quizá porque, a pesar de que entonces no sabía quién era ni cómo se llamaba, todo comenzó el día que la vi por primera vez...

* * *

Supongo que ahora tendría que contarles cómo me llamo, cuántos años tengo, a qué me dedico, cómo es mi familia y todas esas cosas, pero no resulta un tema demasiado interesante, créanme, y, a decir verdad, tampoco hay tanto que contar. Además, cada vez que me detengo a considerar mi lugar en el mundo no puedo evitar deprimirme.

Ah sí, vale, lo reconozco, debería dar gracias al cielo por haber nacido en el seno de una familia de clase media, rodeado por todo el confort de occidente, en vez de un villorrio del tercer mundo, con un hueso en la nariz y tocando el tambor. De acuerdo, lo que a mí me pasa no tiene ni punto de comparación con una buena sequía, una epidemia o una guerra. Mis problemas son una mierda de problemas al lado de los verdaderos problemas. Pero son los únicos problemas que tengo y, por tanto, los únicos de los que puedo hablar (no obstante, convengamos que estar encerrado en el maletero de un coche y a punto de ser asesinado es un problema más que respetable).

Veamos: en el fondo, todo se reduce a que soy una constante decepción.

Decepción. Si buscamos en el diccionario esa palabra, comprobaremos que la primera definición es: *Pesar causado por un desengaño*. La segunda definición reza: *Félix Valbuena*.

Es decir: yo.

Todo comenzó incluso antes de mi nacimiento, cuando vino al mundo Ricardo, mi hermano mayor, el primogénito. Ricardo, según mis padres suelen comentar, fue el niño perfecto. Durante su primer año y medio de vida, se limitó a comer y a dormir; jamás lloró, jamás se puso enfermo, jamás dio un motivo de queja. Luego, a su debido momento, aprendió a andar, aprendió a hablar, fue a la guardería y allí se convirtió en el ojito derecho de todas las cuidadoras. Era un niño simpático, inteligente, educado y condenadamente

guapo, con el pelo rubio y los ojos intensamente azules. Estoy seguro de que si, por aquel entonces, Ricardo se hubiese perdido, mis padres lo habrían encontrado en la sinagoga más cercana, disertando con unos cuantos asombrados rabinos acerca de los textos sagrados.

Más tarde, cuando ingresó en el colegio, Ricardo adquirió rápidamente el rango de alumno perfecto. Siempre respetuoso, siempre atento en clase, siempre aplicado en el estudio; su nota media fue de sobresaliente y obtuvo todos los premios que otorgaba el colegio, incluyendo alguno que se creó exclusivamente para él. Además de eso, una batería de pruebas psicológicas reveló que mi hermano poseía un cociente intelectual digno de figurar en el Guinness. Más de ciento ochenta, o algo así. Una burrada, aunque Ricardo lo aceptó con toda naturalidad, como si fuera lo menos que podía esperarse de alguien como él.

Por otro lado, y en contra de lo que pudiera creerse, mi hermano no se parecía en nada al típico empollón bajito, gordito y con gafas; lejos de ello, Ricardo medía un metro noventa, pesaba ochenta kilos de puro músculo y era la estrella indiscutible del equipo de baloncesto del colegio. Además de eso —creo haberlo dicho antes—, es rematadamente guapo. Su pelo se ha oscurecido hasta adquirir un tono castaño vetado de oro, pero sus ojos siguen siendo tan azules como el cielo al amanecer y los rasgos de su rostro han acabado adquiriendo una belleza clásica, a medio camino entre el esplendor de un héroe griego y la nobleza de un patricio romano. Más de una vez, cuando cursaba el bachillerato, alguna chica tuvo que ser atendida de un sofoco al cruzarse con él por los pasillos del centro.

Es decir, tanto en el colegio como en la universidad, Ricardo fue un prodigio en los estudios y el deporte, popular entre los profesores, un líder nato entre los alumnos y un don Juan constantemente rodeado de muchachas preciosas. No puedo jurarlo, pues nunca he sido testigo de ello, pero mantengo la secreta convicción de que mi hermano

caga pepitas de oro. Aunque, por supuesto, solo lo hace después de quitarse la flor que tiene en el culo.

Pero me estoy desviando del asunto. Tras haber concebido al siguiente salto evolutivo del género humano, mis padres decidieron que su felicidad sería completa si su segundo y último vástago fuese una hija. La parejita, ya saben. Así que se pusieron a ello y tres años después del nacimiento de don Perfecto, mamá se quedó embarazada de lo que, según todas las ecografías, era una niña.

Transcurrieron los meses, la tripa de mi madre fue creciendo y, finalmente, llegó el esperado momento de dar a luz. Por desgracia, los resultados del parto no fueron los previstos y mis padres, en vez de la pronosticada rajita, se encontraron con dos pelotitas. Mis pelotitas, para ser exactos.

¿Lo comprenden? Desde el mismo día de mi nacimiento supuse una decepción para ellos: querían una niña y se encontraron con un niño. Papá tuvo que ir corriendo a cambiar ropita rosa por ropita azul y a mí me metieron en una incubadora, pues al nacer cogí frío y había adquirido un tono entre verdoso y morado.

Si comparo fotos de Ricardo y mías cuando apenas contábamos un mes de vida, compruebo que no solo es que no pareciéramos hermanos, es que ni siquiera parecíamos pertenecer a la misma especie. El tenía el rostro lozano y sonriente, coronado por unos delicados bucles de oro que le otorgaban una apariencia angelical; yo, por mi parte, parecía un mandril ceñudo, con un espeso matojo de pelo negro más semejante a las cerdas de un jabalí que al vello humano. Posteriormente, aquel crespo cabello comenzó a caérseme, pero por partes, lo cual me brindó durante cierto tiempo una apariencia de tiñoso que en nada contribuyó a mi atractivo. Finalmente, cuando me creció el pelo definitivo, lo que obtuve fue un castaño oscuro sin la menor gracia. ¿De qué color tengo los ojos? Marrones, los ojos más vulgares que existen.

Después de haber traído al mundo a Mr. Universo, supongo que debe de ser de lo más decepcionante que a lo que realmente se parezca tu segundo hijo no sea ni a papá ni a mamá, sino a una cría de babuino. Además, qué demonios, mis padres no quería un niño, sino una niña, así que dos años después de mi nacimiento, y pese a su inicial propósito de tener solo dos hijos, mamá dio a luz una preciosa criatura, la tan anhelada niña. Ágata, mi hermana pequeña.

Pero prosigamos con las decepciones. Cuando entré en el colegio —el mismo colegio al que asistía Ricardo—, todo el mundo esperaba que yo siguiese los pasos de mi hermano. No fue así, aunque puedo jurar que lo intenté. Por mucho que me esforzara en estudiar, lo más que conseguía eran unos cuantos notables y un tropel de aprobados. «Ay, Félix, Félix... deberías seguir el ejemplo de tu hermano». ¿Cuántas veces escuché esto de boca de mis profesores? ¿Y cómo narices querían que siguiera el ejemplo de Ricardo? Yo no tengo un cociente intelectual de quitar el hipo, ni una memoria perfecta, ni una voluntad inquebrantable. Era (soy) un tipo normal y corriente, un estudiante de aprobado que a lo que más puede aspirar es a algún que otro esporádico notable.

Recuerdo que cuando les entregaba las notas, mis padres nunca decían nada. Se limitaban a suspirar y a estampar su rúbrica al pie de aquella larga fila de suficientes. Pues bien, ese suspiro bastaba para sumirme en la melancolía, pues lo que aquella mera exhalación de aire quería decir en realidad era: «Hijo mío, cuánto nos decepciona que seas tan mediocre».

Me gustaría poder exponer en mi descargo que, siendo una absoluta medianía en cuestiones intelectuales, mi auténtico talento estaba orientado hacia el deporte, pero mentiría si lo hiciese. Intentando emular a mi hermano, ingresé en el equipo de baloncesto del colegio, pero mi no excesiva estatura (ahora mido un metro setenta y cinco, y eso estirándome a tope), unida a cierta torpeza en el mane-

jo del balón, fueron relegándome progresivamente a un banquillo que solo abandonaba en el caso de que no hubiera (literalmente) nadie más a quien recurrir. Así que cambié el baloncesto por el fútbol, aunque las cosas tampoco me fueron muy bien en el noble deporte del balompié. A los doce segundos de iniciarse mi primer partido de la liga escolar, justo cuando echaba a correr para intentar apoderarme de un balón perdido, tropecé y me fracturé un tobillo. Creo que soy el lesionado más rápido de la historia del deporte y, sin duda, toda una decepción para cualquiera que esperara de mí una disposición atlética similar a la de mi hermano.

De modo que decidí poner la mayor distancia posible entre mi persona y las canchas de deporte. A fin de cuentas, para llenar la casa de copas y medallas bastaba Ricardo... Aunque no es, por supuesto, desdeñable la contribución de trofeos que posteriormente realizó Ágata, mi hermanita pequeña.

Y ya que hablamos de Ágata, la niña tan deseada por mis padres, debo confesar que acabó convirtiéndose para mí en uno de esos raptos de ironía a que tan aficionado es el destino. Permítanme describírsela: ahora (entendiendo por «ahora» el momento en que estoy encerrado en un maletero) tiene dieciséis años y mide un metro ochenta de estatura (sí, maldita sea, cinco centímetros más que yo). Es rubia y esbelta, tiene los ojos azules y el rostro de una diosa. Además, posee un cociente intelectual de ciento ochenta y tantos, no ha parado de sacar sobresalientes desde que entró en el colegio y es la estrella indiscutible del equipo femenino de voleibol.

Ignoro cuántas posibilidades tenían los cromosomas de mis padres de entremezclarse para obtener la genialidad, pero debían de ser muchas, pues de tres intenciones dieron de lleno en dos. Comprenderán por tanto que me resulte amargamente irónico haber surgido del único puñado de genes recesivos que había en lo que, sin duda, era el caldo

de cultivo de una raza superior. La verdad, no me explico cómo el torpe espermatozoide que me dio la mitad del ser logró llegar primero al óvulo, cuando lo máximo que cabía esperar de él era que hubiese echado a reptar en sentido contrario.

Pero así son las cosas. Ágata es la versión femenina de don Perfecto, con una única excepción. Mientras que mi hermano se muestra como el no va más de la sensatez y la cordialidad, Ágata es rarísima. Más que un perro a cuadros. De entrada, apenas habla; es tan silenciosa que, si le da por decir algo, todos nos sobresaltamos, como si de repente asistiéramos a un inesperado fenómeno sobrenatural. Además, cuando interviene en una conversación, sus comentarios parecen no tener nada que ver con el tema que se está tratando, aunque si uno reflexiona un poco acaba descubriendo que esos comentarios eran singularmente agudos, solo que había que dar varios saltos hacia delante para entenderlos. En cierto modo es como si la mente de mi hermana estuviese más acelerada que la de los demás; salvo la de Ricardo, claro, ya que él siempre parece entenderla a la primera; pero así son los superhombres: singularmente perspicaces. En cualquier caso, Ágata es muy rara; practica la meditación, es vegetariana e incluso creo que en alguna ocasión la he visto levitar; nuestros padres lo atribuyen a los desórdenes de la adolescencia, pero yo creo que Ágata es rara por naturaleza y lo seguirá siendo toda la vida. No obstante, al menos ante mis ojos, esa rareza la vuelve más humana, pues en cierto modo es un defecto —o cuando menos un rasgo discordante—, algo que no cabe concebir en la meridiana perfección de mi hermano mayor.

¿Celos? ¿Acaso sugieren que tuve celos de mis hermanos? Pues están en lo cierto; no sé cómo no he muerto de celos. Cuando Ricardo y yo éramos pequeños, las visitas, los amigos de mis padres, los conocidos, todo el mundo se quedaba embobado mirando a mi hermano y musitaba con embeleso (vale, puede que «embeleso» sea una palabra